

LA CUESTION KURDA

por 100 de la población era analfabeta, cifra que debe ser modificada, sobre todo a partir de los últimos años—, todo lo que venga de la lejana capital es sinónimo de opresión, y su historia ha sido la de una secular lucha contra los pueblos provenientes de la llanura. Al finalizar el Imperio turco, los kurdos iraquíes —que, por otra parte, habían colaborado con los árabes en la lucha frente al dominio otomano— hacen causa común con los iraquíes frente al invasor inglés. Durante el gran levantamiento popular de 1918, acaudillado por Al-Najaf, el «cheek» kurdo Mahamud —enterrado en Suleimaniya y venerado como un santo— se levanta en las montañas y baja hacia la llanura en apoyo de los iraquíes; vencido, se exilia en la India. El movimiento kurdo sufre un cambio de objetivo tras la entronización de Feisal I por el Gobierno británico. Las fronteras permanecen inalteradas, los «pachmerga» kurdos se sublevarán de ahora en adelante contra unos Gobiernos que se negarán sistemáticamente —como buenos vasallos de los intereses petrolíferos extranjeros— a considerar los deseos de autonomía de un pueblo.

En el período entre las dos guerras mundiales, los kurdos se levantarán en armas tres veces, y las tres veces serán ferozmente reprimidos por un Ejército cuyos cuadros y pertrechos eran británicos. Para la Unión Soviética, las insurrecciones kurdas representan un factor de debilitamiento del imperialismo británico en la zona y, por lo tanto, tienen sus simpatías y su apoyo. Después de la segunda guerra mundial, el Ejército rojo, situado en el Norte del Irán, favorece la instauración de una República kurda en la región de Arjebelkan; junto a los kurdos iraníes colaboran sus hermanos de raza del Irak y el Partido Comunista persa (Tudech). El Presidente de la República es Kuazi Mohamed, y Mustafá Barzaní —que ya había protagonizado una sublevación en 1932— es nombrado general y jefe del Estado Mayor. La joven República kurda dura lo que la presencia del Ejército rojo; en 1946, tropas anglo-iraníes la invaden, y Mustafá Barzaní atraviesa la frontera soviética y recibe asilo político de Stalin, con la condición de que no resida cerca de la frontera. No volverá al Irak hasta 1958.

Después del fracaso del Irán, los intelectuales kurdos que se mantenían en contacto con las fuerzas progresistas y nacionalistas del Irak, que luchaban por la independencia del país, fundan el Partido Democrático del Kurdistan en 1947, cuyo objetivo político es luchar por la autonomía de su región. En este sentido, el PDK colabora con las fuerzas nacionalistas del general Kassem, que en 1958, mediante

un golpe de fuerza, derroca la monarquía e instaura la República. Ningún Gobierno nacional entre 1958-69 fue capaz de llevar a cabo las aspiraciones de los kurdos, de tal manera, que esos años registran una verdadera y cruenta guerra, siendo 1964 la fecha que registra el punto álgido de las hostilidades.

La debilidad ideológica del partido y la fragilidad de sus planteamientos hacen que desde la misma fecha de su fundación varias corrientes se hagan sentir en su seno. Junto a jefes tribales y latifundistas coexisten fuerzas que pronto se manifestarán antagónicas, hombres que piensan que nacionalismo y autonomía son palabras vacías de significado si no van acompañadas de reformas radicales. En 1959, en plena euforia nacionalista, un Congreso del PDK elige a Barzaní presidente honorario del partido, como máximo exponente de los intereses de los señores feudales de la región, para los cuales, ideas tales como reforma agraria son más peligrosas que la colaboración con el Gobierno de Bagdad. Desde esta fecha hasta hoy, el PDK ha conocido dos grandes escisiones: la primera, en 1966, a raíz de que una fracción —encabezada por Al-Talabani, miembro del buró político— lo abandonará, fundando el Movimiento Revolucionario Kurdo, de tendencia pro-china; la otra se ha efectuado con la promulgación del Estatuto de Autonomía, el 11 de marzo de este año. Un grupo de disidentes, acaudillado por Assis Akruwi, se mantiene de acuerdo con el Estatuto promulgado por el Gobierno de Bagdad.

¿Soluciones pacíficas?

Con el nombramiento a principios del mes de abril del hijo de Barzaní, Ubidullah Al-Barzaní, como ministro sin cartera del Gobierno central, junto con la del kurdo Taha Marouf —antiguo encargado de negocios en la Embajada de España— como vice-primer ministro, más la amnistía prometida si en el plazo de quince días se deponen las armas, hace pensar que la última insurrección kurda lleva camino de solucionarse. Es previsible, por lo tanto, una nueva etapa de conversaciones entre los dos bandos contendientes. La acción «balkanizadora» del colonialismo tiene aquí su más claro colofón. En el momento actual, en el que las fuerzas progresistas del mundo árabe están sufriendo una dura batalla contra el imperialismo, el Irak no puede permitir que —siguiendo un proverbio árabe— «el imperialismo expulsado por la puerta se cuele por la ventana». Y de esta manera lo han entendido la Resistencia palestina y los anticolonialistas árabes. ■ J. M.

